13 Los dientes

Publicado en Bogotá, domingo 14 de marzo de 1847.

Los últimos huesos que nacen del cuerpo humano y los primeros que se caen son los dientes. Sucesivamente vamos perdiendo los dientes y las ilusiones, si es que no las perdemos *de un golpe* como sucede a veces en este valle de lágrimas. Pocos son los hombres que tienen la felicidad de llevar sus dientes a la sepultura; los más los van dejando en el camino de

más usos, más *aplicaciones* que en el hombre. En primer lugar, los dientes de la mujer suplen la tijera; ahí están Rosita y Juliana y otras mil que cortan el hilo de la costura con los dientes; por consiguiente, éstos *cortan*. En segundo lugar, *mascan*; tercero, *agarran*; y cuarto, *muerden*. Si alguno duda de esta última aplicación de los dientes de la mujer, o será muy joven y soltero, o no habrá tenido nunca una novia celosa.

En la mujer los dientes hermosos son el recibimiento de los labios, el estado de la fisonomía y el gabinete del amor. Cuando Carolina abre su lindísima boca,

asusta, la espanta y la horroriza un pretendiente *desdentado*! Consúltese esta opinión mía con las jóvenes más dóciles y se hallará alguna que prefiera un jorobado a un hombre sin dientes y sin dinero, doblemente *arruncado*.

Los habitantes de las grandes poblaciones mercantiles debieran tener todos muy buenas dentaduras, porque sirven ellas con frecuencia de regla de conducta; el espíritu de aquel refrán castellano, *primero son mis dientes que mis parientes*, lo que prueba es la estimación de los dientes, pues se oponen a las dulces afecciones de la familia; y,

EDICIONES DOSIS MÍNIMA

dosisminima.org

en la comparación; y la boca sin dientes es molino sin piedra, carece de los instrumentos de la que puede llamarse primera digestión, pierde la voz una parte de su sonoridad, y de claridad el uso precioso de la palabra; el hombre sin dientes no puede ser diputado, orador, ni predicador, ni alborotador, ni actor, ni cantor ni improvisador, ni deudor, ni vencedor, ni hablador, ni adulador; pero puede ser *rociador*, y de los buenos. El amor se escapa de una boca sin dientes. Un novio calvo alarma a una niña hermosa, uno con peluca la asusta, con arrugas la espanta; ¡pero la alarma, la

y deja ver aquellos dientes iguaditos, menuditos y blancos, me dan deseos de convertirme en panetela y dejarme comer. La mujer con los dientes picados es un merengue con hormigas; la mujer sin dientes es una calavera con carne. Riñendo ayer Doña Manuela con su caro esposo Don José, le decía: "Mira, eres un mal marido, así clarito, y no digo *las entre dientes*." —Porque no los tienes, le contestó el esposo; y ella furiosa replicó: "Mira, Pepe, esas bromas me gustan, como si me *arrancaran* las muelas". —Eso es imposible, repuso con calma Don José; y en efecto hace

cosa debe conocerse por la dentadura. Yo no entiendo una palabra de frenología, y no sé por consiguiente si los discípulos de Gall y de Sabater han hecho en su sistema algún aprecio de los dientes; ello es que casi siempre el que los tiene pequeños, iguales y blancos, es afeminado, débil y amable. El que los tiene blancos, fuertes y desiguales, es valiente, emprendedor, robusto y de mal genio. Los dientes largos, salientes, grandes y desiguales ya no son dientes, son colmillos; el hombre así armado es temible, tiene algo de elefante. El vulgo califica de falso al hombre mellado, y el

vulgo acierta en muchas cosas; pero yo creo que este juicio es *a posteriori*, es decir, que como los hombres falsos son perjudiciales, perversos, encuentran con frecuencia quien les rompa los dientes; de manera que faltarle a un hombre uno o dos dientes no prueba que es falso, pero el hombre falso está expuesto a que le rompan uno, dos y tres. El marido mellado, de mucha paciencia, tiene una ventaja más en su casa, por donde se escapa su honra.

El dolor de muelas es el purgatorio de esta vida, y por eso a la mujer, que debe irse al cielo derechamente desde esta, le

sor de las viruelas, de la escarlatina, de los llantos y de la escuela, viene luego a despedirnos de la juventud cayéndose a pedazos con nuevos dolores y rabietas. La caída de los dientes es el principio de la muerte; es la primera piedra que se desprende de la fábrica ruinosa de nuestro esqueleto.

Es una fortuna que no se conozca nuestra edad, como la del burro y la del caballo, por el diente. ¡Qué fatalidad sería para la mujer llevar la fe de bautismo en la boca! Pocas se reirían entonces, y nuestras sociedades serían silenciosas, mudas. Pero si no se conoce la edad, alguna

da Dios un dolor de muelas cuando está de parto y otro cuando está criando; y el dolor de la mujer es de tal condición que no vale aquello de: "al que le duele la muela que se la saque", porque en seguida le duele otra, y sucede con frecuencia que a la mujer le duelen las muelas cuando le duelen los dientes a su hijo; la vida de la mujer es un dolor de muelas continuo.

Este padecimiento es aristocrático; hasta le pagó su tributo el capitán del siglo, Napoleón *el grande*. ¿Sabes cuál es el peor de los dolores?, le preguntó al conde de las Casas, que le frotaba el cuello con una servilleta. —El

dárselos al hijo querido, que sufre tanto por echar los suyos. Es verdad que hay mujer que hace rechinar los dientes a su marido, otras que hacer doler las muelas a sus novios; y alguna escupe por el colmillo; pero esto sucede siempre por culpa de los novios y de los esposos que eligen demasiado jóvenes, pues tratándose de dientes la juventud de la mujer se prolonga mucho. Y si sucede esto, si algunas jóvenes aun después de casadas bailan, saltan, brincan y retozan, es porque el último hueso que nace a la mujer es la *muela del juicio*.

la vida, y trabajo le mando a algún viajero de costumbres alegres si ha de aparecer, como debe, el día del juicio universal, con todos sus dientes. Tendrá que recoger los pedazos de una muela en casa del dentista en Nueva York, un colmillo que le rompieron de una bofetada en Madrid, dos dientes que dejó en una caída en Cartagena de Indias, la mitad de una muela en Manila y el raigón en París.

Por una previsión de la naturaleza, los pobres tienen mejor diente que los ricos, porque se ven con frecuencia obligados a comer cosas tan duras como su mala suerte, y sabido es que a

tiempos que se las arrancaron a la pobre Señora.

Se cree generalmente que el dulce destruye la dentadura, y si esto es cierto muchos millones de dientes habrían debido su destrucción a la isla de Cuba, Venezuela, etc. Pero el azúcar tienen por auxiliares poderosos el negujíón, corrimiento o flujión, al mercurio, las caídas, avellanas, los malos dentistas y los alimentos salados. ¡Tantos enemigos para un diente! Un hueso tan pequeño, tan insignificante cuando no *funciona*, abre el paso a nuestra infancia con dolores y enfermedades graves, y después de ser precur-

que se sufre, señor, le contestó el conde; y Napoleón replicó: "El de las muelas, amigo". Pero esta observación es demasiado pequeña para un hombre grande, y prefiero la muy sencilla del inocente Pachito: había sufrido mucho en la noche de antes de ayer con una muela que le está naciendo, y para pintar a su madre toda la fuerza del dolor, le decía: "No tienes más que ver, mamá, que los gatos cuando les duelen las muelas; ¿has oído ayer noche cómo se quejaban los pobrecitos en el tejado?"

Un diente vale más que un diamante, dijo Cervantes, y me parece que se ha quedado corto

en efecto, esta preferencia mercantil es una consecuencia del principio que impera. Si uno no cuida sus dientes, se queda sin ellos; y el hombre sin diente no halla un pariente. Pariente conozco yo que quitaría las muelas a los suyos hasta la quinta generación. Así, pues, yo pondría sobre toda lonja mercantil o casa de contratación: *primero son mis dientes que mis parientes*; inscripción significativa, compendio de egoísmo mercantil y abreviatura del espíritu dominante del siglo.

Pero la mujer, como es toda cariño, celo y adhesión, es capaz de quitarse los dientes para

pan duro diente agudo, el pobre no come, el pobre roe. Así es que las buenas, sanas y blancas dentaduras se ven entre los pobres, especialmente en los que viven entre el polvo, ya sea de tierra, de carbón o de tabaco, los cuales tienen muy pocas fluxiones a la cara. La excepción de esta regla es el rigor de las desdichas; no hay hombre más infeliz en el mundo que un pobre con dolor de muela.

Los dientes de la mujer han dado que hacer más a los poetas que el sol y la lana; pero si en algunas son perlas los dientes, en otras son topacios de Brasil. En la mujer los dientes tienen